

— ¡Ah, bella Aurora! ¿Puedo creer con efecto que yo soy el hombre dichoso que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? ¿Qué puedo hacer para agradecerlas? Un amor eterno no sería suficiente para pagarlas.

A estas palabras se siguieron otras mil halagüeñas expresiones, después de lo cual los dos amantes hablaron de las medidas que debían tomar para llegar al cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se desenlazaría nuestra comedia por medio de un casamiento. Así se ejecutó, y al cabo de quince días se casó don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentación y un sinnúmero de diversiones.

CAPITULO VII

Muda Gil Blas de acomodo, pasando á servir á don Gonzalo Pacheco

Tres semanas después de este casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones y me dijo:

— Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábette que don Gonzalo Pacheco, tío de mi marido, desea mucho que seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de ti, que me ha pedido que te persuada á que vayas á servirle. Es señor ya de días, pero de bellissimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á Aurora por sus favores, y como ya no necesitaba de mí, acepté con tanto más gusto el partido que me proporcionaba, cuanto que yo no salía de entre la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la recién casada á casa del Sr. D. Gonzalo, que todavía estaba en la cama, aunque era cerca de mediodía. Entré en su cuarto, y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un paje. Tenía el buen viejo los bigotes envueltos en unos papelillos, ojos hundidos y casi amortiguados, y el rostro descarnado y macilento. Era de aquellos solterones que, habiendo sido muy libertinos en la mocedad, no son más contenidos en la vejez. Recibíome con agrado, y me dijo que si le quería servir con el mismo celo con que había servido á su sobrina, podía contar con que me haría feliz. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligación en su casa que en la de su sobrina, y desde aquel momento me recibió en su servidumbre.

Heme aquí, pues, con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando se levantó creí estar viendo la resurrección de Lázaro. Fíjese el

lector un cuerpo alto y tan seco, que si se le viese en cueros sería á propósito para aprender la osteología: las piernas eran tan chupadas, que aun después de tres ó cuatro pares de medias que se puso, me parecían delgadísimas. Además de eso, esta momia viviente era asmática, acompañando con una tos cada palabra. Luego tomó chocolate, y mandando después que le trajesen papel y tinta, escribió un billete que cerró y entregó al paje que le había servido el caldo, para que le llevase á su destino. Apenas partió éste, cuando volviéndose á mí me dijo:

— Amigo Gil Blas, de aquí en adelante pienso que seas tú confidente de mis encargos, particularmente los respectivos á doña Eufrosia, que es una joven á quien amo y de quien soy tiernamente correspondido.

— ¡Santo Dios!, dije prontamente para mi capote, y ¿cómo podrán los mozos dejar de creer que los aman, cuando este viejo chocho está persuadido de que le idolatran?

— Hoy mismo, prosiguió él, irás conmigo á casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Muy lejos de imitar á aquellas loquillas que se pagan de la juventud y se preñan de las apariencias, es ya de entendimiento claro y de juicio maduro: no busca en los hombres sino el buen modo de pensar, y prefiere á la belleza del rostro una persona que sepa amar.

No limitó á sólo esto el Sr. D. Gonzalo el elogio de su dama, sino que se empeñó en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dejarse convencer sobre este punto. Después de haber cursado en la escuela de las comediantas y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, fingí, por complacerle únicamente, que le creía, y aun hice más, pues no sólo alabé la discreción y el buen gusto de doña Eufrosia, sino que me adelanté á decir que ella tampoco podría hallar otro sujeto más amable. El buen hombre no conoció que yo le lisonjeaba; antes por el contrario tomó por verdadera mi alabanza. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, pues admiten con gusto aun las lisonjas mas desmedidas.

Después de esta conversación comenzó el viejo á arrancar con unas pinzas algunos pelos blancos de la barba; se lavó los ojos, que estaban llenos de lagañas; lo mismo hizo con los oídos, manos y cara; concluidas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las cejas y el pelo, gastando en el tocador más tiempo que emplea una viuda vieja empeñada en desmentir el estrago de los

años. No bien había acabado de vestirse, cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demás. Éste traía sus venerables canas descubiertas, se apoyaba en un bastón, y en vez de querer parecer joven, mostraba hacer alarde de su ancianidad.

— Amigo Paqueco, dijo luego que entró, vengo á comer contigo.

— Bien venido, conde, le respondió mi amo.

Y al mismo tiempo se abrazaron y pusieron á hablar mientras se hacía hora de sentarse á la mesa. Al principio fué la conversación sobre una corrida de toros que pocos días antes se había celebrado, y hablaron de los picadores que habían mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Nestor á quien todas las cosas presentes le servían de ocasión para alabar las pasadas, dijo suspirando:

— Ya no se hallan hoy los hombres que se veían en otros tiempos. Ni los toros ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacían en nuestra mocedad.

Yo me reía interiormente de la ridícula preocupación del señor conde de Azumar, el cual no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos, pues cuando se sirvió la fruta en la mesa, dijo mirando unos excelentes melocotones que se habían puesto en ella:

— En mi tiempo eran mucho mayores los melocotones de lo que lo son ahora; la naturaleza se debilita cada día.

— Según eso, dije yo entonces para mí, sonriéndome, los melocotones en tiempo de Adán debían ser de enorme tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que éste se desembarazó de él, salió de casa, diciéndome que le acompañase, y fuimos derechos á la de Eufrosia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con primor. Estaba vestida con gusto y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi parecía una niña, sin embargo de que ya llegaba por lo menos á los treinta. Podía pasar por linda, y desde luego admiré su talento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Así en sus acciones como en sus palabras sobresalían en ella el juicio, la modestia y la penetración. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decía. Consideréla yo con no poca admiración, y dije:

— ¡Oh, cielos!, ¿es posible que pueda ser disoluta una mujer al parecer tan modesta?

Y es que vivía yo persuadido de que necesariamente había de ser desen-

vuelta toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales ninfas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Si gustan unos de viveza y atolondramiento, con éstos serán intrépidas y casi locas: si agrada á otros el sosiego y compostura, siempre las hallarán con un exterior tranquilo, honesto y virtuoso. Verdaderos camaleones, mudan de color según el genio de las personas que las visitan.

No era don Gonzalo del gusto de aquellos caballeros que se pagan de hermosuras desenvueltas, antes se le hacían insufribles; y para que le agradase una mujer, era menester que tuviese cierto aire de modestia. Así Eufrosia, gobernándose por esta idea, hacía ver que había más comediantas que las que representaban en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y pasé á una sala donde me encontré con una ama de gobierno vieja, que yo había conocido cuando era criada de una comedianta. Ella también me conoció inmediatamente, y representamos una escena de reconocimiento digna de una comedia.

— ¿Aquí estás, amigo Gil Blas?, me dijo llena de alegría. Según eso, has salido de casa de Arsenia como yo de la de Constanza.

— Así es, respondí yo: mucho tiempo ha que la dejé, y después entré á servir á una señora de distinción, porque la vida de la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sin dignarme decir á Arsenia ni una palabra.

— Hiciste muy bien, repuso la vieja, que se llamaba Beatriz; poco más ó menos lo hice yo con Constanza. Una mañana le dí mi cuenta luego que me levanté, ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

— Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos en casa más honorífica. Doña Eufrosia me parece señora de distinción, y la creo de muy buen carácter.

— No te engañas en eso, respondió Beatriz. Mi ama es mujer bien nacida, como lo manifiestan sus modales; y por lo que toca al genio, será difícil hallar otra más sosegada ni más apacible. No es de aquellas amas altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo hallan qué decir, gritan sin cesar, mortifican á todos los criados y es un infierno el servirlos. Hasta ahora no le he oído reñir siquiera una vez: tan amiga es de la paz. Cuando hago alguna cosa que no le gusta, me lo reprende sin enfado y sin prorrumper en aquellos dicerios de que tanto usan las mujeres soberbias.

— También mi amo, repliqué yo, es señor muy afable: se familiariza conmigo y me trata como á igual más bien que como á criado; en una palabra, es el caballero mejor del mundo: en cuanto á esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con las comediantas.

— Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo así que la de entonces era tan bulliciosa. En nuestra casa no entra más hombre que el Sr. D. Gonzalo; y en mi soledad tampoco veré yo á otro que á ti, de lo que me alegro mucho. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos, y más de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero, en fin, no desconfío de ser tan dichosa como ella; pues, aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en recompensa detesto la volubilidad, cuya prenda ningún hombre puede remunerar suficientemente: en punto á fidelidad soy una tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de las muchas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretendería, no tuve la menor tentación de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese recelar que la despreciaba; antes bien tuve la advertencia de hablarle en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderle. Yo me imaginaba haber conquistado á una criada vieja; pero también me engañé miserablemente en esta ocasión. Galanteábame ella, no sólo por mi linda cara, sino para granjearme á favor de los intereses de su ama, á quien tenía tanto amor que ningún medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á doña Eufrosia un billete amoroso de mi amo. Recibíome con agrado y me dijo mil cosas cariñosas, y la criada también dió su pincelada en mi elogio. Una admiraba mi fisonomía, otra hallaba en mí cierto aire de moderación y de prudencia. Al oír á las dos, mi amo poseía un tesoro en mi persona: En una palabra, me alabaron tanto, que desconfié de sus elogios; desde luego penetré el fin de ellos; pero los oía con aparente simplicidad, con cuyo artificio engañé á aquellas bribonas, que al cabo se quitaron la mascarilla.

— Escucha, Gil Blas, me dijo doña Eufrosia: en ti consiste hacer tu fortuna; procedamos todos de acuerdo, amigo mío. Don Gonzalo es viejo, su salud muy delicada: una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que le quedan, y gobernémonos de modo que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A ti te tocará una buena porción; así te lo prometo, y puedes contar con

mi palabra como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid.

— Señora, le respondí, disponga usted á su arbitrio de este su fiel servidor; solamente le ruego que me diga lo que debo hacer, y lo demás déjelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida.

— Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo, y darme razón puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él, procura con arte introducir la conversación sobre las mujeres, y toma de aquí ocasión para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado en su Eufrasia en cuanto te sea posible. Espía con sagacidad si algún pariente suyo le hace la corte con la mira á su herencia, y avísame sin perder instante, que yo los echaré á pique. No te pido más. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo: sé el modo de hacerlos ridículos á los ojos de éste, y ya he desconceptuado en su ánimo á sus primos y sobrinos.

Por esta instrucción y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas mujeres que sólo se dedican á complacer á viejos generosos. Pocos días antes había obligado á don Gonzalo á vender una posesión, cuyo precio le regaló. Todos los días le chupaba algo, y además de eso esperaba que no la olvidaría en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedía: mas, por no disimular nada, confieso que cuando volvía á casa, iba muy dudoso sobre si contribuiría á engañar á mi amo ó á apartarle de su querida. Este último partido me parecía más honrado que el otro, y me sentía más inclinado á cumplir con mi obligación que á faltar á ella. Consideraba por otra parte que en suma nada de positivo me había ofrecido Eufrasia, y quizá por esto más que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolví, pues, servir con celo á don Gonzalo, persuadido de que, si lograba arrancarle del lado de su ídolo, sería mejor recompensado por una acción buena, que por las malas que yo pudiera hacer.

Para conseguir mejor el fin que me había propuesto, fingí dedicarme enteramente á servir á doña Eufrasia. Hícele creer que continuamente estaba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto le embocaba mil patrañas, que la pobre creía como otros tantos evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el más ciegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento aparenté también estar enamorado de Beatriz, la cual estaba tan ufana de la conquista de un mozo, que no se le daba un pito de que la engañase con tal que la engañase bien. Cuando mi

amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos cuadros diferentes, pero ambos por el mismo estilo. Don Gonzalo, seco y amarillo, como ya le he retratado, parecía un moribundo en la agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conociase que había cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años. Habíase refinado en servicio de una de aquellas heroínas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez y mueren cargadas de los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los días á casa de Eufrasia: muchas veces iba solo, particularmente de día, y á cualquiera hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre, ni menos á mujer alguna que me diese malas sospechas ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiración, porque no acertaba á comprender cómo pudiese ser tan escrupulosamente fiel á don Gonzalo una mujer joven y hermosa.

Pero en esta admiración no había juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, como pronto veremos, para hacer más tolerable el tiempo que tardaba en heredar á don Gonzalo, se había provisto de un amante más proporcionado á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, según la costumbre diaria. Hízome entrar en su cuarto, y divisé en él los pies de un hombre que estaba escondido detrás de un tapiz. No di la más mínima señal de que le veía; y así que desempeñé mi encargo, me salí sin dar á entender que hubiese notado cosa alguna; pero aunque no debía sorprenderme este objeto, y más cuando en nada me perjudicaba á mí, no dejó con todo de inquietarme mucho.

— ¡Ah, malvada!, decía yo con enfado. ¡Ah, traidora Eufrasia! No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te entregas á otro amante para hacer más abominable tu villana traición.

Pero, bien mirado, era yo un necio en discurrir de esta suerte. Antes debía reirme de aquella aventura y mirarla como una compensación del fastidio y de los malos ratos que Eufrasia sufría con el trato de mi amo. A lo menos hubiera hecho mejor en no hablar palabra, que en valerme de esta ocasión para acreditarme de buen criado. Pero, en vez de moderar mi celo, abracé con mayor calor los intereses de don Gonzalo, y le hice puntual relación de lo que

había visto; añadiendo que doña Eufrosia había solicitado corromper mi fidelidad, y en prueba de ello no le oculté nada de lo que me había dicho; de manera que estuvo en su mano el conocimiento del verdadero carácter de su enamorada. Hízome mil preguntas, como dudando de lo que decía; pero mis respuestas fueron tales, que le quitaron la satisfacción de poder dudar. Quedó atónito y asombrado de lo que había oído, y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podía parecer presagio de que Eufrosia pagaría su infidelidad.

— Basta, Gil Blas, me dijo: estoy sumamente agradecido al celo y amor que me muestras; me agrada infinito tu honrada lealtad. Ahora mismo voy á casa de Eufrosia á llenarla de reconvenciones y á romper para siempre la amistad con esta ingrata.

Diciendo esto, salió efectivamente, y se fué en derechura á su casa, no queriendo que le acompañase yo por librarme de la mala figura que había de hacer si me hallase presente á la averiguación de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese mi amo. No dudaba que, á vista de tan poderosos motivos para quejarse de su ninfa, volvería desviado de sus atractivos, ó cuando menos resuelto á una eterna separación. Con este alegre pensamiento me daba á mí mismo el parabién de mi obra; me representaba el placer que tendrían los herederos legítimos de don Gonzalo cuando supiesen que su pariente ya no era juguete de una pasión tan contraria á sus intereses; me figuraba que todos se me confesarían obligados, y en fin que iba yo á distinguirme de los demás criados, más dispuestos por lo común á mantener á sus amos en sus desórdenes que á retirarlos de ellos. Apreciaba yo el honor, y me lisonjeaba de que me tendrían por el corifeo de todos los sirvientes; pero una idea tan halagüeña se desvaneció pocas horas después, porque volvió mi amo y me dijo:

— Amigo Gil Blas, acabo de tener una conversación muy acalorada con Eufrosia. Llaméla ingrata, aleve; llenéla de improperios; pero ¿sabes lo que me respondió? Que hacía mal en dar crédito á criados: sostiene con empeño que me has hecho una relación falsa. Si he de creerla, tú no eres más que un impostor, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonarías medio alguno para ponerme mal con ella. Yo mismo la vi derramar algunas lágrimas, y lágrimas verdaderas; me ha jurado, por cuanto hay de más sagrado, que ni te había hecho la más mínima proposición, ni ve á ningún hombre. Lo mismo me aseguró Beatriz, que me parece mujer honrada é incapaz de mentir; de modo que, contra mi propia voluntad, se desvaneció todo mi enojo.

— Pues qué, señor, interrumpí yo con sentimiento, ¿dudáis de mi sinceridad?, ¿desconfiáis de?..

— No, hijo mío, interrumpió él, te hago justicia: no creo que estés de acuerdo con mis sobrinos: estoy persuadido de que sólo por buen celo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver; y en tal caso, considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrosia tu acusación. Mas, sea lo que fuere, yo no puedo menos de amarla. Así lo quiere mi estrella; y aun me ha sido indispensable hacerle el sacrificio que exige de mi amor: este sacrificio es despedirte. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas, continuó, y te aseguro que no he consentido en ello sin aficción; mas no puedo pasar por otro punto: compadécete de mi debilidad. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa; fuera de que ya he pensado en colocarte con una señora amiga mía, en cuya casa lo pasarás perfectamente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi celo había redundado en mi perjuicio. Maldije mil veces á Eufrosia, y lamenté la flaqueza de don Gonzalo en haberse dejado dominar de ella. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa sólo por complacer á su dama, no hacía la acción más honrosa. Para cohonestar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar mejor la píldora, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo el día siguiente á casa de la marquesa de Chaves. Díjole en mi presencia que era yo mozo de buenas prendas; que él me quería mucho; pero que por ciertos respetos de familia se veía precisado á su pesar á quedarse sin mí, y le rogaba con el mayor encarecimiento que me admitiese por criado. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me vi de repente con nueva ama y con nueva casa.